

CARAVANA PARA CUERVOS

EMINÉ SADK

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS
DE MARÍA VÚTOVA



TÍTULO ORIGINAL: *Керван за заповани*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© Eminé Sadk, 2021 (publicado por primera vez en Bulgaria por la editorial Faber)
© de la traducción, María Vútova, 2025
© de la presente edición, Automática Editorial S.L., 2025
© de la ilustración de cubierta, Javier Boullosa, 2025 (IG: _javitxuela)

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

Este libro se ha publicado con el apoyo de National Culture Fund of Bulgaria.



ISBN: 978-84-10141-10-0
DEPÓSITO LEGAL: M-4929-2025

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: marzo de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

CARAVANA PARA CUERVOS

EMINÉ SADK

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS
DE MARÍA VÚTOVA



Un hombre viajó cuarenta y seis años en el tiempo, pero nadie sabe si fue hacia delante o hacia atrás, pues vivía en el Deliormán.

PARTE I

Nikolay Todorov

A pesar de todos los intentos de los socialistas por construir una ciudad en lugar de esta burda y pesada broma, los cambios del nuevo milenio no han llegado hasta aquí, y la gente continúa su desarrollo cultural solo en la agricultura.

La ciudad no sería nada sin los floridos y cuidados jardines, cuyos dueños miman con gran esmero. Así es como las mujeres se distraen de las horas indolentes que a todos acaban pesando. Los hombres lo tienen más fácil, en la medida en que se pueda contar con las apuestas, los créditos bancarios, el alcoholismo del barrio y el doméstico, que, inevitablemente, conducen a sufrimientos atroces para la familia, el hígado y el estómago.

Al parecer, solo la vida de los ancianos está colmada de una libertad ilimitada. Percibo su noble sensación de soledad consciente y su falta de toda esperanza o temor de que algo pueda cambiar.

Philipp Kanitz, junio de 2018
De *La ciudad inexistente*, de Félix Kanitz¹

¹ *La ciudad inexistente* es una mistificación de la autora. Cuando el etnógrafo, geógrafo y arqueólogo austrohúngaro Félix Philipp Kanitz (1829-1904) recorría los Balcanes para hacer detallados registros de la vida social de pueblos y ciudades y cartografió Bulgaria, pasó por alto la ciudad de Isperih (la ciudad natal de la autora), en la región nordeste del país llamada Ludogorie —o Deliormán, su nombre original en turco—, y no lo registró en sus mapas. «Imaginé a un bisnieto suyo colocando los mapas de su bisabuelo sobre los mapas contemporáneos y descubriendo una ciudad inexistente en la que, no obstante, sí que hubo vida a pesar de que su abuelo la pasara por alto. Así es como a día de hoy se sigue pasando por alto todo el Ludogorie». (Eminé Sadk).

Era un mes de octubre contundentemente cálido. Sin nubes ni dudas, el mundo volvió a florecer y solo unos pocos empezaban ya a hartarse del verano. La tenue brisa nocturna traía un aire nuevo, más fresco y, en mañanas como aquella, los tallos de la hierba brillaban deslumbrantes, y el pecho de la gente de camino al trabajo se henchía de alegría y pureza. La ciudad era tan pequeña que algunos individuos estaban por todas partes.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! —irrumpió la voz del mucín por la ventana abierta de Todorov—. Anoche falleció Ismail Refaat Kyamil, hijo de Refaat de Nozhárevo, nieto de Kyamil el Carretero de Nozhárevo. ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! —repitió la voz, más insistente y alta—. ¡Falleció el nieto de Kyamil el Carretero de Nozhárevo! ¡Falleció el hijo de Refaat de Nozhárevo! ¡Falleció Ismail Refaat Kyamil! ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención!

—¡Claro! —refunfuñó Todorov—. ¡En esta ciudad ni siquiera puedes morirte en paz!

El anuncio de la muerte del desconocido Ismail sorprendió a Todorov en pijama. Estaba atrapado por los resortes del viejo sofá cama, con una taza de café vacía en la mano. Intentaba ver el telediario de la mañana. Mostraban imágenes dramáticas de enfrentamientos en la capital entre los manifestantes y las fuerzas del orden.

«Parece que vivimos en países paralelos», pensó Todorov, y apagó el televisor.

Deambuló un rato más por el salón, pero sentía que aquel no era su sitio. De hecho, se encaminaba hacia el cuarto de baño con la intención de afeitarse la escasa barba y ducharse cuando consideró que era mejor comer algo. Si tenía que mancharse, que al menos fuera antes de la ducha.

Con las sobras de la nevera, se preparó el típico desayuno de soltero. En la tabla de madera, que también le servía de plato, cortó un poco de queso, un cuarto de tomate y un huevo duro. Los espolvoreó con sal abundante. Estiró la cabeza como un ganso y lo engulló todo en varios bocados. Tragó con dificultad, sin ningún placer, y, como solía ocurrir, sintió dolor y unas ligeras náuseas a causa de ese hábito biológico.

De camino al baño, rumió algo sobre el instituto donde era profesor de Geografía desde hacía veinte años. Ninguno de sus compañeros daba crédito a que justo él hubiera conseguido redactar y ganar un proyecto europeo para renovar el entorno escolar, que el propio Todorov a menudo acusaba de «provocar apatía hacia el proceso de aprendizaje».

El acontecimiento resultó tan insólito y sobrenatural que el director del instituto sintió una vanidad provinciana sui géneris y decidió inmortalizarlo celebrando la adjudicación del proyecto con todos los honores. A falta de otros conocimientos sobre inmortalizaciones, el director declaró el día en curso —que además era día de mercado— como no lectivo, y la noche, velada de banquete. Esto agradó a todo el equipo docente y, sobre todo, a Todorov, que hacía años que no se dejaba caer por el mercado.

El ruido de la maquinilla se deslizó por su rostro pálido y resonó en el cuarto de baño como un cortasetos en un zarzal.

Todorov centró toda su atención en conseguir un afeitado bien apurado, pues no quería que ningún pelito hirsuto le recordara con sorna que todo lo que hacía quedaba así: inacabado.

Después de afeitarse, Todorov repasó su cara en el espejo. Estaba todo bien. Pero volvió a mirarse un momento y decidió que así tampoco se gustaba. Le atormentaba el doloroso sarpullido rojo que brotó enseguida en lugar de la barba.

Le vino a la memoria, a saber por qué, aquella franqueza ebria de un amigo suyo. El colega afirmaba que Todorov parecía el tipo de persona a la que quieres arrear una bofetada en cuanto la ves. «¿Todo el mundo piensa eso al verme?», se preguntó, y enseguida le entraron ganas de arrearle una bofetada a sí mismo. «¡Podía haberme puesto música en vez de afeitarme! ¡Ni que tuviera que impresionar a alguien!», volvió a mirarse las mejillas irritadas. «Y este maldito sarpullido»...

Salió a la calle con un atuendo que, así lo imaginaba él, no incitaría a los demás a arrearle bofetadas. La camisa clara se fundía con el tono de su piel y, de no ser por los pantalones marrón oscuro, que además eran demasiado holgados para sus piernas esmirriadas, Todorov seguiría siendo completamente traslúcido. Sin duda, la gente se iría chocando con él y ni siquiera le pediría perdón.

Ya era mediodía. El sol colgaba en medio del cielo y quemaba los azafranes a los que se les había ocurrido florecer de nuevo. Unos gatos perezosos se habían estirado a lo largo de las vallas metálicas de las casas uniformes, que solo se distinguían por el color de los gatos, el largo de los visillos y lo acicalado de sus jardines paradisiacos. El habitual aroma a mierda de cerdo, procedente de la porqueriza junto a la ciudad, había sido reemplazado temporalmente por el del asfalto recién vertido. Las nuevas calles, orgullosamente trazadas y

brillantes como el plumaje de un cuervo joven, junto con los destellos del sol, achicharraban los ojos de Todorov.

«¡Y yo voy y me dejo las gafas de sol!», murmuró, entornando los ojos como un esquimal. Alzó la cabeza para buscar la calma en el cielo azul, pero había olvidado que era mediodía y el sol se le clavó en los ojos con mayor virulencia: «En el cielo igualito que en la tierra», musitó, y trató de encontrar consuelo en otro sitio: «¡Qué otoño tan cálido! ¡Y ni siquiera se huele la mierda de cerdo de las porquerizas!».

Mientras aspiraba el perfume del asfalto recién vertido, oyó a sus espaldas una voz de mujer que conocía:

—Nikolaycho, ¿eres tú?

Todorov se dio la vuelta y vio a la tía Tinka. Una mujer flaca y menuda de setenta y pocos años, tan sana como innecesariamente parlanchina. Su madre y ella habían sido compañeras de trabajo. Las dos habían sido auxiliares médicos en urgencias y compartido las mismas preocupaciones familiares y profesionales. Debido a los turnos de noche, a menudo una de ellas había tenido que sustituir a la otra en el cuidado de los niños. En un momento dado, la imagen de las madres había llegado a estar tan fusionada que Todorov llamaba «mamá» a las dos.

—Por desgracia, sí, tía Tinka, ¡soy yo! —respondió Todorov molesto, pues conocía bien a su tía Tinka y sabía que detrás de su pregunta, «Nikolaycho, ¿eres tú?», se escondía algo más: una indirecta sobre el tiempo imperdonablemente largo que llevaban sin verse.

Era como si hubieran envejecido por separado, cuando no debería haber sido así. Y puesto que llevaban tanto tiempo sin estar juntos, a esas alturas casi ni se reconocían. Todorov sabía que para la tía Tinka la culpa de todo la tenía él, y eso le molestaba. La anciana hizo caso omiso a su respuesta, por-

que lo había agarrado resueltamente del brazo y lo arrastraba como a un niño hacia la sombra del castaño más cercano. Era evidente que quería seguir en compañía de Todorov, quien, incluso antes de que empezaran a hablar, ya estaba aburrido y nervioso. Mientras lo acomodaba bajo el castaño, la mujer observaba con el rabillo del ojo a su Nikolaycho, al que había criado. Le pareció que seguía igual de paliducho y enfermizo que siempre, y no encontró nada alegre en él.

—Tú también has envejecido un poco, Nikolaycho, ¡mírate el pelo! —empezó diciendo con su lenta voz de anciana, exagerada hasta la extenuación—. Ya tienes cuarenta y seis, ¿verdad? Eres un año menor que mi Lili, pero tu madre y yo decidimos matricularte en el colegio a la vez que a ella, un año antes del que te tocaba, para que no os separaseis...

Todorov dejó de escuchar. Se sabía de memoria todo el repertorio de la tía Tinka: una breve retrospectiva de su vida en común, unas palabras sobre sus padres, el énfasis recaería en su frustrada vida familiar, antes de pasar a compararla con la vida de Lili y los nietos...

«¡En esta ciudad no puedes ni morirte ni vivir en paz!», pensó Todorov mirando a la anciana, que le pareció que había encogido a una tercera parte de como la recordaba de niño. Todo lo que quedaba de la exuberante melena rizada, que llenaba cada estancia a la que entraba la tía Tinka, era un puñado de telarañas blancas que apenas se sujetaban sobre su cráneo.

—¡Al menos te hiciste maestro como tu padre! —continuó la tía Tinka—. ¡Qué feliz se habría puesto si te hubiera visto casado y con hijos! Se habría ido tranquilo, ¡que en paz descanse! ¡Ni él ni tu madre llegaron a verte casado! ¡Con lo buena gente que eran! Ojalá al menos yo pueda verte casado,

Nikolaycho, ¡y así podré contárselo cuando vaya a reunirme con ellos!

«En realidad, ¡en esta ciudad uno no puede morirse nunca! ¡Siempre habrá quien te recuerde!», pensó Todorov, y consideró que la anciana ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¡Saluda de mi parte a Lili! —se despidió Todorov, lo más amable que pudo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar bajo la fresca sombra otoñal de los castaños.

Como cualquier día de mercado, la ciudad se había transformado en una colmena. Las mesas de las cafeterías estaban abarrotadas. Las camareras —tensas, abrumadas, desbordadas— trajinaban entre rodillas, zapatos, codos, bigotes y, sin derrochar amabilidad, servían pedidos de lo más peculiar. *Sol* era café soluble. *Žup* respondía a *7up*. A veces se oía algún «café mediano largo», solo la Fanta limón seguía siendo Fanta limón.

La gente venida de ciudades y pueblos vecinos zumbaba distraída de aquí para allá con bolsas de plástico con sus nuevas compras. Comían *döners*, *gözlemé*, *bánitsa*, *kebapche* y albóndigas calieeeeentes y volvían locos a los conductores que iban dando frenazos nerviosos con sus coches pegados tras ellos.

Los niños recibían rosquillas y helado del Furgón de Helados y Rosquillas Esponjosas de Kazanlak, propiedad de un tuerto cuya sonrisa no lograba parecer tan candorosa y afectiva como él imaginaba. Y, contrariamente a todas las imágenes esponjosas rellenas de azúcar y dulzura que se difunden por todo el planeta, esos helados y rosquillas provocaban pesadillas a los críos.